

EL DESCENSO

Volví... No puedo pensar en aquel regreso. No puedo decir lo que fué en mi vida. Una llamarada infernal de vergüenza me quema la cara. Un estremecimiento de frío me sacude los riñones. Se me nublan los ojos, aprieto los dientes y el corazón parece como si quisiera pararse; pero luego vuelve a latir y a palpitar más fuerte, como queriendo cubrir el habla interior de los remordimientos... No fué un regreso, sino una fuga, un derrota, un fin. Sentí que había vivido lo mejor de la vida, que mi parte en el mundo allí terminaba. Hubiera podido, después, comer, dormir, escribir y tal vez gustar (interesar a los demás, hacerme un hombre, etc.); pero el curso metafísico de mí mismo estaba cortado de raíz. No acababa un período; acababa una persona. No se cerraba una experiencia; se apagaba un alma.

¡Esperanza, orgullo, perfección, divinidad! ¡Oh, mis sueños verdaderamente soñados; oh, entusiasmos verdaderamente sentidos; oh, amores insaciados e impacientes, como primaveras que tienen ya la sequedad de los agostos! Quien no ha experimentado nada semejante; quien no ha esperado largas noches en la obscuridad a que las puertas se abriesen y fuese la gran luz; quien no ha acercado la boca seca y ávida a la

fuente que debía brotar; quien no se ha visto grande en la cima de la montaña más alta, rival de Dios, dueño de los hombres, señor de la tierra; más allá y por encima del mal y del bien, de lo útil y de lo inútil, y de todas las pequeñas y grandes, las viles y las gloriosas hazañas de los hombres, solo consigo mismo, solo en el cielo, no podrá comprender lo que yo siento al pensar de nuevo en aquel regreso.

Descendía. Venía de lo alto, de los montes, de las colinas. Pero no descendía, como el pastor, orgulloso del secreto ardiente, con las leyes de la verdad grabadas en el corazón y en la piedra. No descendía, como el buen pastor de los olivos nocturnos, hacia un suplicio que era promesa de eternidad, hacia una muerte que era principio de vida. Descendía solo y ciego. No descendía: me despeñaba. Ni siquiera la sonrisa de una esperanza me iluminaba el rostro. Todo había acabado. Comenzaba otra vez lo mediocre, lo bajo, lo vil, y para *siempre*. ¡Adiós juventud! ¡Adiós grandeza divina! ¡Adiós verdadera vida!

Había ido a los montes pensando estúpidamente que subiendo mil o dos mil metros se estaba más cerca del cielo. Me había encerrado en la soledad, imaginando que hubiera otra soledad fuera de aquella que el espíritu fuerte, recogido en sí mismo, puede crear en el propio interior. Y con la cabeza posada sobre las yerbas rasas de las altiplanicies, con los brazos extendidos como un titán crucificado, no viendo otra cosa que el infinito celeste de la poesía y de la fe, de tú por tú con el cielo abierto, empezando a temblar cuando las estrellas comenzaban a temblar en el fosco azul del crepúsculo, había esperado el momento, el instante, el estallido, el brote, la revelación cegadora: el milagro. Y a mis invocaciones nadie había contestado, nadie había salido al encuentro de mi espera. Las cosas habían permanecido sordas a mis llamadas; todo había seguido

siendo como antes. Los hombres, aun cuando lejanos, parecía como si se mofasen de mí. Los sentía hacer muecas como de satisfacción.

—Quería ser más que nosotros. Salir de la humanidad. Tenía horror de nuestra miseria. Y ahora, también él, si quiere vivir...

(Sólo una mujer, lejana, lloraba. Pero ¿lloraba de verdad? ¿Sinceramente? ¿Tal vez por vanidad traicionada?)

Enfermé. Incluso la poca fuerza que tenía me abandonó. Volví a las casas, mi casa, entre los vecinos, entre los lejanos. Volví como vuelve entre los prisioneros el que se cree durante una hora indultado. Ya no era el de antes; no era el que había querido ser. Era un monstruo, un monstruo infeliz y rígido. Pálido, flaco, hosco, de todos huía. Nada me seducía en el mundo de los valores comunes. Dejé también a los amigos. Dije que no quería ver a nadie, que durante algún tiempo quería volver a estar solo, selváticamente solo, como en los años de la adolescencia. Me encerré en casa. Cambié de población. No volví a hacer nada; no contesté a las cartas, no repliqué a los insultos, no correspondí al amor.

¿Qué otra cosa podía tentarme y retenerme después de lo que había intentado? ¿El arte? ¿La gloria? ¿El pensamiento? ¿No eran aquellas, acaso, las glorias que había dejado atrás, las felicidades a que había renunciado, los fines que había sobrepujado sin llegar a alcanzarlos, porque me parecían hartos próximos y pequeños?

Quien lo ha querido todo, ¿cómo puede contentarse con poco? Quien investigó el cielo, ¿cómo puede complacerse en la tierra? Quien se aventuró en el camino de la divinidad, ¿cómo puede resignarse a la humanidad? Todo se ha acabado, todo está cerrado, todo es-

tá perdido. No hay nada más que hacer. ¿Consolarse? Tampoco. ¿Llorar? Pero para llorar hace falta energía; ¡es menester un poco de esperanza! Yo ya no soy nada, no cuento ya, no quiero nada; no me muero. Soy una cosa y no un hombre. Tocadme: estoy frío como una piedra, frío de sepulcro. *Aquí está enterrado un hombre que no pudo llegar a ser dios.*

ME ACUSO UNICAMENTE A MI MISMO

Yo no la pago contigo, Destino, eterno y abstracto cirineo de las humanas anemias; ni la tomo con la asnalidad y maldad de los hombres, que han impedido el florecimiento y la fructificación de mi espíritu y no me han concedido el triunfo que *acaso* merecía.

Quedémonos en ese *acaso*, amigo. Ya que he sido débil, intentemos no ser injustos. Dios quiera que tenga el último valor: el de mirar con los ojos abiertos en mis propios ojos abiertos; el leer sin pausas, paréntesis ni reticencias en el libro de la memoria; el hurgar las llagas hasta el fondo, sin miedo del desgarrón y de la gangrena.

Yo no he conseguido hacer lo que me había propuesto, no he cumplido lo que había prometido, no he llegado a esa elevación de ánimo, a esa gloria, a ese poder que he soñado, deseado y querido en los años que fueron. ¿A quién echar la culpa? ¿Acaso a los propósitos, a las promesas, a los deseos excesivamente grandes? De ningún modo; no es que las alturas sean demasiado altas sino harto cortas las alas. Yo aspiraba a alguna de esas cosas que se dicen imposibles y que, en realidad, no han sido posibles hasta ahora para ningún hombre; pero ¿no consistía precisamente en eso la razón de mi orgullo y de mi embriaguez? ¿No me había colocado yo mismo, voluntaria y alegremente,

en la pequeña banda de los buscadores de lo absurdo y de lo no factible?

No; no es para lloriquear con estas excusas. ¿Salvaré los obstáculos invencibles interpuestos por la gente, la miseria, la mediocridad de los tiempos, la envidia de los prójimos, el desprecio de los lejanos, la indiferencia de los más? También son historias. No hay fuerza que no pueda ser vencida por una fuerza más grande; no hay enemigo que no pueda ser derribado por uno más vigoroso que él; no hay miseria que impida la adquisición de riquezas maravillosas; no hay hielo que no se pueda deshacer, calentar y hervir. Cuando uno comienza una empresa debe echar la cuenta de cuánto necesita para acabarla. Si no tiene poderes bastantes, debe conquistarlos antes de ponerse a la obra o arrinconarse en la sombra a hacer lo que todos hacen.

No, querido; tampoco esa es defensa. Lo malo es — ahora lo puedo decir — que los más débiles son los que se proponen las empresas más difíciles; los más cobardes, las más arriesgadas, y quien tiene el pecho estrecho y las piernas gráciles, las carreras más largas. ¿Por qué? Hay más de una razón: el gusto del contraste que hay en todas las cosas humanas; la necesidad de exaltarse y aturdirse con bufaradas de fuerza y borracheras de grandeza; el obscuro presentimiento de una cómoda excusa cuando la empresa no resulta, y se da como razón de ello su misma grandeza. Así, con la apariencia de querer hacer más que los demás, se hace menos que todos y se prepara uno una bella y gloriosa derrota: se había propuesto cosas tan grandes que no le bastaron las fuerzas; ¡quién sabe lo que hubiera hecho si su ambición hubiese sido menor!

Yo conozco hasta tal punto bien esas coqueterías y escapatorias de vencido, que no sé qué hacer. Que no

se diga que escondo mi cobardía entre los reflejos de un solisma y que disimulo mi pobreza de ánimo con una mano de rosa patético.

No he triunfado porque no quería ni sabía triunfar seriamente: he aquí la verdad pura, desnuda y simple. No he triunfado porque no he tenido fuerzas bastantes y porque no he tenido ni siquiera la fuerza de querer encontrar y crear las fuerzas que me faltaban, y porque no he tenido siempre en mí, en todo momento, como ejes de mi vida, como fuego central de mi alma, el sueño que engrandecía con palabras.

¿Creéis que no me cuesta dolor confesar tan crudamente la debilidad y la ficción de mi vida? Mas ¿por qué seguir engañándome y engañando a los demás?

Muchas veces, en vez de estarme encerrado en mi cuarto, a solas con mis pensamientos, me he dejado vencer en un momento de aburrimiento y he escapado a la calle, me he detenido en los escaparates, he seguido las luces encendidas sobre mi cabeza, he montado en los tranvías tintineantes y fugitivos, me he sentado en los cafés a mirar las estampas de una burguesísima revista, he buscado a los amigos y he tenido con ellos no sé cuantas conversaciones tontas, malignas o ingeniosas; he ido a hacer visitas, a tomar café en tacitas doradas, a charlar con señoritas forasteras y con viejas cariñosas.

Y hartas veces he dejado a la mitad una página en un punto difícil, para tumbarme en un diván y leer un libro cualquiera, que me diese la ilusión de pensar por mí, y he ido incluso a buscar los chistes de los periódicos. La holgazanería, la dulce y venenosa holgazanería, que tiene cien rostros y cien sonrisas, me ha arrastrado, seducido y corrompido casi siempre. Ella, con la excusa del frío y del sueño, o de la falta de papel o de plumas, me ha apartado del trabajo; ella ha

retrasado durante años y años las curas radicales del alma, las resoluciones decisivas. Y además, me he dejado vencer por el cuerpo, por la sensualidad, por el vientre y por... ¡pscht! Y he comido harto, tanto, que en muchas horas no podía trabajar; y he bebido hasta caer en ese estado de placentera embriaguez en que nada serio y todo parece fácil, alegre y lejano; y he perdido horas y horas, tardes y noches enteras junto a las mujeres, abrazado, enardecido, feliz.

Algunas veces, el miedo al ridículo me ha detenido a medio camino cuando iba a comprometerme con el mundo del cuerpo y de la bolsa, y los respetos humanos y el fácil casuismo burgués me han hecho tímido, incierto, tibio y desmemoriado; y los intereses, las necesidades de dinero han enderezado a otras cosas mis pocas fuerzas, han turbado mi espíritu, lo han constreñido a mentiras, a compromisos, a rémoras. Poco a poco, las hermosas horas de la exaltación han ido desapareciendo; nuevos cuidados hanme ocupado el ánimo; le pereza me ha llenado de algodón los oídos para que no sintiese los llamamientos y los remordimientos; placeres más bajos y fines más mediocres me han mantenido en este estado de soñolencia negligente e inquieto, enemiga de hacer nada, en que seguía prometiendo de palabra, pero en que se había perdido la gran voluntad que se mostraba a ciertas horas, y las llamas de un tiempo no eran sino restos de brasas apenas rojeando de vez en vez bajo la ceniza oscura.

Y así he llegado poco a poco a reconocer francamente mi impotencia y he arrojado a un lado los placeres divinos y los juramentos heroicos, para referir con melancólica serenidad la derrota de un alma. Yo no me acuso sino a mí mismo, y espero que me sea perdonada, por esta franqueza, alguna cobardía pasada.

DIAS VERGONZOSOS

Yo creo ser muchas veces uno de los más jesuíticos holgazanes de Italia. Duermo diez horas por filo sin despertarme, sin soñar. Me despierto con la cabeza pesada y la boca pastosa; salgo a la calle para no hacer nada; vuelvo a casa para descansar; como vorazmente, como un chico que se masturbe todas las noches; sorbo una gran taza de café; fumo cinco o diez cigarrillos; me tumbo en una butaca y extendiendo las piernas sobre otra; leo un periódico de pies a cabeza, como un pensionista achacoso; vuelvo a salir para reunirme con algún escéptico conocido, con el que hago un poco de esgrima de ironía estúpida y amarga; entro en un café, me echo al coleteo una taza de chocolate harinoso, como sin ganas tres o cuatro pastelitos de hojaldre o rellenos de sucias conservas de frutas; hojeo un haz de periódicos sobados y estropajosos, y casi me sonrío al ver de pasada las caricaturas estúpidamente coloreadas; vuelvo a la calle bajo la gran luz teatral de los focos eléctricos; sigo a una cualquiera empolvada y dada de colorette como si fuese mi primer amor; entro en una librería para comprar con pocos cuartos libros sin cortar, que no leeré nunca; me paro ante las tiendas de ultramarinos y contemplo con

apetito los quesos untuosos y las latas de sardinas; voy a una casa donde me dan té, y me bebo cuatro tazas esperando que me venga un poco de talento; o subo a un burdel si tengo gana y también si no la tengo, aunque no sea más que por matar los minutos y las horas, para no acordarme de lo que debería hacer y no hago, para embrutecerme, para envilecerme, para callar el remordimiento, para amordazar la conciencia... De cuando en cuando, si no puedo por menos, escribo una carta o diez cartas, para no pensar más en ello, para desembarazarme de todos, y alguna noche, cuando me siento verdaderamente colmado e inconso-lablemente melancólico, empuño mi gruesa pluma negra y escribo lo que se me desborda del alma: lleno de prisa diez, veinte, cuarenta hojas blancas con mis desahogos, con mis actos de contrición, con mis refinados e ingeniosos absurdos.

Pero ¿qué queréis que salga de un hombre que vive entre el sueño y el café, entre la mesa y el lecho, holgazán y soñoliento, que sirve únicamente para tocar a diana, pero en cobarde fuga, el día de la verdadera batalla? ¿E incorporándome en las sábanas tibias o levantándome de las sillas enfundadas, grazno como un águila, porque el espíritu ha sido injuriado, y diseño para mis semejantes una vida solitaria, austera, desdafiada, noble y miguelangelesca!

Y no se puede decir que yo no sienta la infamia de mi doble vida. La siento, y cuanto más duramente, más, para adormecer la vergüenza, me abandono y hundo. Hallo cierto *confort* en la confesión; pero cuando he reflejado en el espejo de las concitadas palabras mi lívida imagen de traidor de sí mismo, para que todos la vean y escupan encima, me creo perdonado y salvado, me enderezo con aire de triunfo, como si la malaventurada exhibición me hubiese purificado

y transformado. Y al día siguiente vuelvo a empezar como antes: me voy a la cama temprano, duermo diez horas sin despertarme, sin soñar; me levanto con la cabeza vacía y la boca amarga y vivo hasta la noche en ese estado que he confesado temblando el día antes. Y vuelvo, ¡ay de mí!, cuando ya no puedo más, a verter convulsamente palabras en el papel y a cantar versos de infinitas sílabas de terribilidad del héroe ascético que ve las cosas humanas con ojos divinos, y soy tan abyecto, que ni una vez se me ocurre la idea de echar arsénico en mi rubio té, pródigamente endulzado.

XXXII

¿QUE QUEREIS DE MI?

Sin embargo, todos me buscan, todos quieren hablarme, todos preguntan por mí a los demás. Uno me pregunta cómo estoy, si he mejorado, si he recobrado el apetito; si me doy paseos; otro me pregunta si trabajo, si he terminado aquel tal libro, si empezaré uno nuevo. Aquel extenuado *mico* alemán quiere traducir mis obras; aquella alocada muchacha rusa quiere que le escriba mi vida; la señora americana quiere a toda costa saber mis últimas noticias; el señor americano me envía el coche a la puerta para que vaya a comer, a confiarme con él; mi compañero de escuela y de cháchara de hace diez años quiere que yo le vaya leyendo lo que escribo: el amigo pintor pretende que yo me esté quieto horas y horas ante él para hacer mi retrato; el periodista quiere saber dónde vivo; el amigo místico, en qué estado estoy de ánimo; el amigo práctico, en qué estado está mi cartera; el presidente de la Sociedad ordena que yo haga un discurso; la señora espiritual desea que yo vaya a tomar el té a su casa en cuanto pueda, para conocer mi parecer sobre Jesucristo y sobre el quiromante llegado uno de estos días...

¡Pero en qué me he convertido, voto a Dios! ¿Qué derecho tenéis vosotros a entorpecer mi vida, a robarme mi tiempo, a husmear en mi alma, a sorberme el pensamiento, a quererme de compañero, confidente e informador? ¿Por quién me habéis tomado? ¿Soy acaso un actor asalariado para recitar todas las noches ante vuestras caras estúpidas la comedia de la inteligencia? ¿Soy acaso un esclavo comprado y pagado que deba inclinarme a vuestros caprichos de ociosos y ofreceros en homenaje cuanto sé? ¿Soy acaso una cualquiera que haya de obedecer a la primera indicación de un hombre decentemente vestido?

Soy un hombre que quisiera vivir una vida heroica y hacer más soportable a sus ojos el mundo. Si en algún momento de debilidad, de abandono o de necesidad arrojé al mundo mi desdén en palabras, o algún sueño embutido en imágenes, tomadlo y lleváoslo; pero no me aburráis.

Soy un hombre libre; necesito la libertad, necesito estar solo, necesito rumiar entre mí todas mis vergüenzas y mis tristezas, necesito gozar del sol y de las piedras de la calle sin compañía y sin palabras, cara a cara conmigo mismo, con la sola música de mi corazón. ¿Qué queréis de mí? Lo que quiero decir lo imprimo; lo que quiero dar, lo doy. Vuestra curiosidad me estomaga; vuestros cumplimientos me humillan; vuestro té me envenena. No debo nada a nadie, y tendría que ajustar cuentas con Dios únicamente, si lo hubiese.

XXXIII

LA GLORIA

Y aunque triunfase, aunque os arrojase a la cara a todos vosotros que me habéis despreciado, angustiado, escarnecido, destrozado, perseguido e ignorado, la obra que soñé y deseé, la obra maestra que hiciese llorar a vuestros secos ojos de avaros y cerrase vuestras bocas obscenamente risueñas e hiciese latir con fuerza el plácido corazoncillo que tenéis olvidado bajo el corpiño; si llegase, en suma, a confundiros, a batiros y derrotaros con la fuerza dominadora y resplandeciente de mi genio, ¿qué me diríais? ¿Qué podríais ofrecerme, de qué modo pensaríais recompensarme?

Todas las historias del dolor de los hombres están llenas de vuestro reconocimiento. ¡Buena cosa, por Dios, vuestra gloria!

¡Cómo! Después que he dado la mejor parte de mí, un pedazo vivo de mi carne, la flor de mi sangre, el secreto más celado de mi vida, ¿no encontráis otros medios que estos? ¿No sabéis hacer otra cosa que hablar de mí en los periódicos, sin comprenderme; cansarme con visitas y cartas; señalarme con el dedo si salgo a la calle a respirar o si me siento en un café o en un teatro; obligarme a seguir escribiendo, aunque no tenga gana ni sepa hacer otra cosa que repetirme; pedirme cartas, juicios, autógrafos y artículos por to-

das partes; espiarme y contar adonde voy, con quién vivo, qué hago; colocar mi cara fea por doquier, en libros y periódicos, en las esquinas y en las postales, y, después de muerto, ir a revolver mis papeles, sacar a la plaza los misterios de mi vida, tirar los últimos despojos de mi vida, y, por último, elevar una fea copia de mi cuerpo, en mármol o en bronce, en medio de cualquier mercado?

La vanidad es fuerte incluso en los grandes; lo sé. Pero, ¿es que no hay también almas delicadas? ¿No hay también espíritus que se sienten única y puramente espíritus, y que se sienten ofendidos y manchados por esa admiración de *pinzochere*? Lo que vale en mí, si es que vale algo, es el alma. ¿Por qué, pues, copiáis y eternizáis mi cuerpo? Si soy grande es porque he tenido la fuerza de ser solitario; ¿por qué la tomáis conmigo y me turbáis con vuestros alientos y vuestras miradas de animales curiosos? Si he dado algún ejemplo os he enseñado que la cosa más grande que el hombre puede hacer es añadir naturaleza a la naturaleza, vida a la vida, espíritu al espíritu, y no ya rumiár y contrahacer las obras de los demás; ¿por qué pues, os afanáis en hacer comprender lo que yo he dicho en vez de sentirlos encendida el alma para superarme y destruirme con otras creaciones?

Si he dicho bien lo que he dicho, ¿por qué lo repetís peor? Si los demás no comprenden mis palabras, ¿vale la pena de que alguien las dé a entender? ¿Y las hará comprender tal como las he grabado en las noches más espumeantes de mi inspiración?

Cierto que estos lamentos son ridículos, especialmente en mis labios. ¿A qué buscar fuera la recompensa que tú tienes dentro de ti? Si la creación de tu obra, si la vida de las personas de ti nacidas, si la plenitud de las imágenes por ti inventadas no bastan a contentarte y alegrarte, ¿qué es lo que vas buscando

entre los hombres? ¿Podrán darte ellos, pequeños, fríos, mediocres, lo que tu mismo genio no te ha dado? Crea sin pensar en ellos, arroja tus cosas entre los hombres para espantarlos o confortarlos, y luego sigue creando en tanto te quede fuerza. ¿Es que eres un albañil que espera el salario todos los sábados, después de haber hecho su faena? Tus casas no son casas de cal y canto, sino de palabras y de sangre; ni gloria ni dineros pueden pagarlas.

Ni gloria ni dineros; pero sí el dulce dolor y la gloria silenciosa. ¿Ah, si yo pudiese hallar junto a esos, ya fueran tres, siete o diez únicamente, que lean con toda el alma y no con los ojos tan sólo; que viven con el escritor y le quieren como a un hermano, aun cuando no le hayan visto; que sueñan con él, que hablan de él entre sí en los melancólicos paseos del domingo y se nutren de su pensamiento, se embriagan con su poesía, tiemblan por su suerte y esperan una sola palabra como los profetas esperan la revelación de Dios, entonces sí que sería feliz, entonces me sentiría compensado del silencio pasado y del insulso rumor presente! ¿Si pudiese estrecharte contra mi pecho a ti, oh, joven pálido, triste, desconsolado y enamorado lector primero y único, a quien he descubierto yo sólo y antes que nadie el amargo sabor de la grandeza y la alegría febril de la poesía! Una sonrisa tuya, un latido más fuerte de tu corazón, una mirada tuya amplia y feliz, un sueño tuyo agitado serían para mí regalos más suaves y sustanciosos que todas las charlas de papagayo y todas las coronas de hojas doradas. No los aplausos, los estrépidos, las bocas abiertas, las forzadas alabanzas y la envidiosa adulación. No, no; lejos de mí ese estruendo: hacedlo por vuestros cantarines, por vuestras bailarinas, por vuestros gordos tenores! Dad las bellotas a los puercos, si no tenéis gemas para los héroes.

XXXIV

Y SI...

¿Y si hubiese obtenido al poder? Aunque hubiese llegado a ser una especie de semidiós terrestre, señor del cielo y de la tierra, vencedor de la materia y de la muerte, dueño de los hombres y de los espíritus. ¿Qué hubiera hecho de mis poderes? ¿De qué modo hubiera empleado esa universal soberanía?

Mientras duraba la mística propensión hacia el soñado mando no había pensado casi nunca en el después. Corría tras el medio, sin saber a qué fin encastrarlo. Quería ser Dios sin tener en la mente mi creación y mi ley. El mundo estaba ya creado, y su ley era tal, que todo se hubiese desatado y deshecho a haberlo tocado yo. ¿Y entonces?

Poderlo *todo*, absolutamente *todo*. ¿Qué hacer? No se puede obrar sin escoger. ¿Pero cómo escoger ante las infinitas posibilidades de mis deseos? Para escoger hay que preferir algo; querer a éste más y a este otro menos; tener en la cabeza una idea cualquiera; sufrir en el ánimo por la fe en un ideal. Entonces hubiera podido destruir lo que despreciaba y hacer prevalecer lo que quería; dirigir la corriente de las cosas hacia mi meta, y modelar mi ideal en el dócil barro de lo concreto.

Pero yo no tenía nada de eso: ni amores, ni fines,

ni sueños. Mi único amor era el poder. Pero, ¿y después del poder? Estaba vacío, me sentí espantosamente vacío como un charco que parece un abismo únicamente porque refleja la profunda lejanía del cielo.

¿Qué hacer? La respuesta es desde luego difícil para un hombre superior, completamente barricado por doquier de imposibilidades e impotencias. Sabe que debe renunciar a este y al otro camino; el itinerario que queda es menos largo, pero más seguro. Mas para quien no tiene muros ni resistencias por ningún lado, teóricamente libre, teóricamente omnipotente, el ¿qué hacer? es mil veces más enigmático y amenazador.

¿Qué hacer? Para ejercitar mi fuerza, esto o aquello es igualmente bueno. Para quien, demasiado alto, no tiene ya los humanos intereses, necesidades, amores, verdades, todo está en el mismo plano. Destruir un pueblo y crear una especie nueva se equivalen. Dar la felicidad al miserable y precipitar en el horror del mal al dichoso son, a esa altura, la misma cosa. Lo justo y lo injusto, el encima y el debajo ya no tienen sentido. Apenas subimos más arriba de la Humanidad, sus diversos valores se confunden y desaparecen. Todos los sentimientos de los hombres están movidos por la impotencia; apenas se ha conquistado el pleno poder, uno se deshumaniza, se superhumaniza, pero queda insensible, muerto; ya no se tiene meollo, voluntad ni dirección. Todo es lo mismo: un nido de pájaros y una ciudad, un grano de arena y una península, un imbécil y un genio son igualmente considerables y ridículos. ¿Qué puede importarme una parte de la realidad más que otra, cuando todo es mío y está a mi disposición, bajo mis órdenes?

Gran parte del gusto que se experimenta cuando se consigue hacer algo — cambiar, poseer alguna cosa — depende del esfuerzo que el hacer nos ha costado.

¡Qué decidido soy! ¡Qué fuerte! ¡Otro no hubiera obtenido lo que he alcanzado yo! Y después de tanto trabajo, el objeto conquistado, aunque sea un juguete despreciable — una mujer, una casa, un harapo de fama — nos parece algo precioso, un dulce premio a nuestro sudor victorioso. Pero aun cuando el poder no costase trabajo, aunque bastase el conato de una voluntad, el murmullo de una orden, un rápido movimiento de cejas para obtener la obediencia inmediata e ilimitada de las cosas, ¿dónde está la gloria ya, dónde la victoria?

Acaso, pienso, ha sido para mí una gran fortuna el no haber conseguido triunfar de aquella manera material y ciega que yo creía. Hubiera sido más feliz de lo que soy. Y acaso me bastara saber que hubiera podido *hacerlo* todo, y no había hecho nada. Me hubiera quedado sin movimiento para siempre, impotente por demasiado poder. Y hubiera deseado desesperadamente los afanosos días de la vigilia, cuando quería, escogía, seguía cualquier cosa.

¿No serán estas consideraciones nada más que consuelos póstumos del gran fracaso? ¡Oh, sinvergüenza de Adán, arrojado antes de pasar la cancela! ¿echaste a perder incluso el olor y el sabor a las frutas que no pudiste morder?

XXXV

¿SOY UN IMBÉCIL?

Toda mi vida está planteada sobre esta fe: que yo soy un hombre de genio. Pero ¿y si me equivocase, si fuera uno de tantos bobos como toman las reminiscencias por inspiraciones, los deseos por obras, y fuese, en una palabra, un imbécil? ¿Qué habría de extraño en ello? ¿Es acaso la primera vez que un majadero se imagina ser un héroe, que un literato se cree un poeta y que un idiota se pone la ropa de los grandes hombres? ¿No es posible, mil veces posible, que yo no sea más que un frío lector de libros, caldeado de cuando en cuando por el ajeno fuego, convertido en ingenioso por los demás y que haya equivocado el callado borboteo de un alma ambiciosa con el rumor de una vena pronta a estallar y a fluír, a abrevar la tierra y a reflejar el cielo? Cuanto más lo pienso, más común, verosímil y natural me parece. ¿Quién me da derecho a esperar en mí y en el genio? ¿Lo que he hecho? ¡Pero si yo soy el primero en renegar de ello y despreciarlo! Barreduras literarias de todos los países, desahogos nocturnos de un onanista sin amigos, juegos de destreza intelectual... ¡Nada más, ni nada mejor!

Toda la fe de mi genio está en la expectación larga e inútil de un golpe de inspiración revolucionadora y